

El Sínodo de los Obispos. Una ocasión para escuchar, descubrir, interrogarnos y proponer

José María Rodríguez Olaizola, S.J.

RESUMEN: El autor se propone reaccionar al documento preparatorio del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, la fe y la vocación, y más en concreto, centrarse sobre tres cuestiones clave para los religiosos: ¿Qué hay que hacer? ¿Con quién? Y ¿quién tiene que hacerlo? Respecto a la primera pregunta su tesis es que el trabajo de los religiosos debe dirigirse a despertar la inquietud por la llamada de Dios. Respecto a la segunda pregunta, ¿con quién?, se inclina por un trabajo con aquellos jóvenes que sin estar cerrados a lo religioso, lo viven con una mezcla de prudencia y distancia de seguridad. Respecto a la tercera pregunta, ¿quién tiene que hacerlo?, su respuesta es que esto lo podrán aquellos que sean verdaderos testigos, cercanos, creíbles, coherentes y honestos. Los religiosos no están llamados a ser testigos de la vida religiosa sino de Jesús en su vida religiosa.

PALABRAS CLAVE: sínodo de los obispos, jóvenes, vocación, testigos, cercanía, credibilidad, coherencia, honestidad.

The Synod of Bishops. A chance to listen, to discover, to ask ourselves and to propose.

ABSTRACT: The author intends to react to the preparatory document of the Synod of Bishops on the subject of young people, faith and vocation. More specifically, he focuses on three key issues for religious men and women: what to do? with whom? and who must do it? Regarding the first question, his thesis is that the activity of religious men and women must address itself to awaken the concern about the call of God. Regarding the second question, with whom?, he tends

towards working with all those young people who, though not being closed to religious matters, however they live them with a mixture of caution and safety distance. In relation to the third question, who must do it?, his answer is that it could be done by those who are true witnesses, close, credible, consistent and honest people. Religious men and women are not called to be witnesses of religious life but witnesses of Jesus in their lives.

KEY WORDS: Synod of Bishops, young people, vocation, closeness, credibility, consistency, honesty.

En estas páginas voy a intentar reaccionar un poco al documento preparatorio del Sínodo. No pretendo resumirlo, sino reaccionar (descubrir, interrogarnos y proponer). Me gustaría empezar anticipando dos ideas que más adelante van a guiar un poco los puntos clave de la reflexión

Nosotros, como religiosos, somos los primeros que tenemos que convencernos (o recordarnos) que trabajar por las vocaciones es trabajar por todas las vocaciones. Mientras a nuestros promotores de vocaciones los sigamos viendo como los responsables de nuestra cantera (solo) tenemos un verdadero problema.

Por supuesto que hay muchos retos que nos plantea hoy en día el mundo actual, la juventud, las nuevas circunstancias, una sociedad hostil y nuestra propia situación demográfica, y también hay elementos en los jóvenes que invitan a confiar en que siguen pudiendo vivir con opciones de vida serias; pero hay un reto que nos plantea el documento a nosotros, y es si a estas alturas del partido podemos ser testigos creíbles (no de nosotros mismos, sino de Dios y del evangelio).

1. Claves del documento desde la vida consagrada

El documento tiene tres partes claras:

- 1) La juventud actual (una pequeña descripción en la que se van tocando algunas cuestiones básicas sobre los jóvenes, con la evidente limitación de espacio y concreción en unas pocas páginas).



- 2) El discernimiento vocacional. Elementos esenciales de dicho discernimiento.
- 3) Elementos fundamentales que puede (tiene que) haber en una pastoral juvenil vocacional.

Sin duda, cualquiera que lea el documento encontrará en él algunas cuestiones que le impresionen más, que le puedan resultar mejor formuladas, o más sugerentes. Pero creo que hay que decir, sin acritud, que el documento no pretende ser muy novedoso. Es una buena recopilación, creo que toca muchas de las cuestiones más delicadas de nuestro proyecto actual y, sin duda, si lo trabajamos a fondo puede llevarnos a plantearnos más de un reto. Así, entre otros lugares comunes en el análisis de la actualidad y de la vocación que plantea, hablará de:

- la necesidad de equilibrar un camino interior y exterior
- la necesidad que tenemos –nosotros como religiosos, y cualquier otro que quiera dar testimonio de su fe– de ser testigos creíbles, cercanos, coherentes y honestos
- la importancia de escuchar a los jóvenes
- la velocidad del presente
- la cultura científica del momento, y cómo para algunos es un obstáculo a la mirada creyente (cuando no debería serlo)
- las sociedades multiculturales en las que coexisten muchas miradas religiosas diferentes
- la libertad como requisito fundamental de todo proceso vocacional
- la importancia de que los jóvenes sean protagonistas y no sujetos pasivos, de no encasillarlos en el estereotipo de la pasividad
- la desconfianza institucional que afecta a muchos jóvenes
- la naturalidad con la que muchas personas hoy pueden vivir sin Dios
- la omnipresencia hoy en día del mundo digital o de la vida de constante conexión

- la centralidad de Jesús en un planteamiento vocacional
- los elementos de la vocación (fe, llamada, escucha, toma de conciencia, resistencias)
- los pasos del discernimiento (reconocer, interpretar y elegir)
- los elementos de un discernimiento vocacional (proceso, tiempo, encarnación)
- la importancia del acompañamiento (la importancia de acompañantes con experiencia, que sean más que psicólogos, con autoridad, prójimos, auténticos...)
- los caminos de la acción pastoral (salir del terreno conocido)
- la conveniencia de estar con los jóvenes, pero sabiendo que uno no lo es
- el deber de provocar
- la existencia de distintas figuras de referencia
- dos tipos de lugares: la vida cotidiana –especialmente el compromiso social–, y los ámbitos específicos de la pastoral (desde JMJ a universidades, asociaciones o mundo digital)
- la importancia de los lenguajes
- la importancia de los procesos
- la importancia del silencio

Todo esto que acabo de enumerar rápidamente, ¿no suena familiar? Llevamos tiempo reflexionando sobre ello, tratando de afrontarlo y de prepararnos. Algunas cosas con más tiempo, y otras con más novedad. Pero resulta, en todo caso, necesario.

El problema (por así llamarlo) no es el diagnóstico, sino ver si es posible hacer lo que sabemos que hay que hacer. Si estamos a tiempo. Si sabemos hacerlo. Me gustaría reflexionar sobre tres cuestiones que son para nosotros un reto. ¿Qué hay que hacer? ¿Con quién? Y ¿quién tiene que hacerlo? Esas son las tres preguntas clave que articularán esta reflexión.



2. ¿Qué hay que hacer?

Hay que ayudar a que los jóvenes entiendan la vida de fe como una vida vocacional, como una historia en la que cada uno encuentra su lugar.

Creo que la idea de vocación no está en cuestión. O al menos no la está del mismo modo que no está en cuestión la idea de Dios. (En ciertos contextos hay claro rechazo de esa idea, y en otros hay inquietud y, con ella, búsqueda). Pero donde hay fe, la idea de "vocación" tiene sitio. Otra cosa es cómo se entienda y cómo se viva. Pero tiene sitio.

Sin embargo, creo que sí que hay algo que ha cambiado. Y en ese sentido se puede convertir en una oportunidad. Tradicionalmente hemos tendido a considerar que la idea de vocación era, un poco más, la idea de vocaciones consagradas. A nuestros delegados de vocaciones aún les preguntamos, «¿Cuántas vocaciones hay?» e inmediatamente todos entendemos que estamos preguntando cuantos de nuestros grupos se han planteado (al menos) la entrada en el noviciado, seminarios, etc.

Ahora hemos dado un paso más, al asumir que es recordarles a los laicos, y a los padres, que ellos también han de estar interesados en las vocaciones, porque si no, la vida consagrada desaparece y demás...

Pero, la realidad es que lo que tenemos que interiorizar de una vez por todas y para siempre es que hay diversas vocaciones, sin duda. El documento habla de los presbíteros, habla también de las vocaciones religiosas, de las vocaciones laicales, el matrimonio específicamente... Y aún más de otras concreciones (por ejemplo, menciona en algún punto la responsabilidad política).

Entonces, el Qué no es un Cuál. No es a qué me llama Dios. Es previo. Es la idea de que Dios llama. Y es Jesús como rostro de Dios que llama (el documento insiste en que es Jesús el centro de toda vocación). No podemos perder esto de vista.

Nuestro trabajo vocacional ya no puede ir orientado a despertar la inquietud por nuestras congregaciones. Es previo. Es despertar la inquietud por la llamada de Dios. Solo en ese caldo de cultivo es posible que

haya quien se haga planteamientos vocacionales. Esto tiene dos ventajas, desde mi punto de vista:

- 1) Si nosotros dejamos de entender la vocación como «nuestras» vocaciones, y conseguimos transmitirlo, se acabará el miedo al responsable de vocaciones. Se acabará la imagen de que van a pescar. Si se plantea con la misma exigencia la vocación al amor de pareja, al matrimonio, a otros compromisos, entonces todo impondrá cierta responsabilidad, pero al mismo tiempo eso puede que hasta nos llegue a hacer mucho más libres para plantear la cuestión de las preguntas explícitas por la vocación.
- 2) Además, si dejamos de entender que las vocaciones son nuestras vocaciones tal vez empecemos a aceptar sin miedo (y con cierta libertad) que podría ocurrir que las vocaciones a nuestra vida religiosa estén en un tiempo de radical transformación (no necesariamente desaparición). Pero sí podría ocurrir que la vida religiosa tal y como la hemos conocido desaparezca... o tenga que transformarse (o no, Dios dirá).

3. ¿Con quién trabajar? Los jóvenes y la vocación

¿Con qué jóvenes? ¿Los ya convencidos y que tienen una mentalidad determinada (porque es a esos a quienes funciona lo vocacional)? ¿O con ese mundo mucho más amplio de jóvenes que, sin estar cerrados a lo religioso, lo viven con una mezcla de prudencia y distancia de seguridad? (yo diría que con estos).

Hace unas semanas, en el encuentro de Pastoral Juvenil Vocacional, reflexionaba sobre cómo entender la vocación y cómo afecta o no a los jóvenes. No puedo repetir ahora, por falta de espacio, lo que allí decía, pero sí me gustaría retomar algunas cuestiones, partiendo de una definición que me gustaría dar de lo que son las vocaciones:

Vocación es la conciencia de que, entre los muchos caminos que uno puede recorrer, sin embargo, se siente llamado a elegir uno que define su vida y que marca una forma de relación con una comunidad y con



el mundo. La fe da sentido a ese camino. La decisión es libre, y requiere, por parte de uno, que ponga en juego su voluntad. Pero implica renunciaciones. Por ello mismo, también implica riesgo. La vocación es, al final, una forma de amor. Es más, es una historia de amor.

Algo así nos permite profundizar en varias cuestiones que, al menos, quisiera insinuar aquí. Profundizar en ellas es necesario porque creo que nos pueden permitir entender los procesos de los jóvenes que empiezan procesos vocacionales.

La vocación como una forma de amor (en un mundo –y especialmente el mundo juvenil– que ha elegido un marco de amor mucho más deslavazado y egocéntrico). En un mundo que entiende el amor sin compromiso, el amor como espejo, el amor egocentrado, si nosotros ofrecemos una formación también vuelta sobre uno mismo estamos preparando la hecatombe...

La voluntad como la hermana pobre del sentimiento, es decir, la necesidad de potenciar en la gente la capacidad de compromiso, en un mundo que prima lo emotivo, lo afectivo y lo emocional sobre la toma de decisiones.

La conciencia de la propia vida como historia (no como la suma de momentos o presentes deslavazados). Lo contrario aboca al estallido en tiempo de crisis

La falta de discursos, hoy en día, que puedan dar sentido a la vida. Sin embargo, la vocación es una opción por la dirección y el sentido.

Y en concreto, por un sentido trascendente, abierto a Dios (en un mundo donde hay mucha ignorancia, mucha falta de significados, y mucho adelgazamiento de la idea de Dios, reducida a principios generales). La lectura creyente de la propia vida, del presente, de la actualidad... La vida espiritual no se mide solo en prácticas piadosas, en horas de oración o en veces que vas a misa. Ha de ir más allá. ¿Esta vida espiritual va generando una conciencia evangélica de la propia vida?

La necesidad de reconquistar la libertad, entendida no como vivir con todas las puertas abiertas, sino como la madurez suficiente para saber cerrarse alguna puerta al elegir algo que uno cree que merece la pena.

Uno de los grandes problemas de la pastoral es mantener en una adolescencia perpetua a los jóvenes. Y resulta que cuando entran en la vida religiosa, los volvemos niños...

La interconexión de pertenencia, propósito y compromiso. Cuando el único propósito de una vocación es la autorrealización personal, el compromiso durará lo que dure la pasión primera. Pero el compromiso es con Dios, con el mundo, con una congregación y con el prójimo...

4. ¿Quién hace esto? Testigos

En este contexto, ¿quién promueve, quién es testigo, y quién acompaña? Evidentemente, hoy por las vocaciones se supone que trabaja cualquier cristiano en la medida que portador de la fe. Más aún, cualquiera que en su actividad tenga una intención explícitamente evangelizadora (profesores, consagrados, pastores, educadores, etc.,).

Pero me gustaría reflexionar sobre nosotros, consagrados. ¿Cómo podemos nosotros, religiosos y religiosas, promover, ser testigos, y acompañar? Quisiera entresacar algunas cuestiones que me ha suscitado la lectura del documento, y dejarlas caer con la intención de provocar reflexión y diálogo si se tercia. Así como hasta este momento he estado hablando de todas las vocaciones, a partir de aquí sí voy a centrar la reflexión en nuestra necesidad/capacidad de ser testigos de una vocación concreta, en nuestro caso la de la vida religiosa.

El punto de partida es ser testigos, pero ¿de qué? ¿de nuestra vida religiosa como algo con valor en sí mismo? ¡No! De Jesús en nuestra vida religiosa.

Entre esas cuestiones, la principal es que se me ocurre que nuestro principal reto no está en la relación con los jóvenes, sino en preguntarnos por nuestra casa, si es que esto es posible.

Pero también me gustaría dejar claro que, aunque en las próximas partes voy a ser un poco incisivo, casi diría que exigente o auto-crítico con nuestra vida religiosa, no quisiera que suene ni a reprimenda, ni a



exigencia. No sé si todo lo que voy a decir está al alcance de todo el mundo. Hay una parte de lo que estamos haciendo –gestionando una transformación brutal– que es meritorio. Pero sí creo que en la capacidad de responder a algunas de las cuestiones que voy a plantear (al menos en algunos grupos) nos jugamos el futuro.

En la carta, cuando se habla de los testigos del evangelio que puedan trabajar en una cultura vocacional, se habla de cuatro rasgos: cercanía, credibilidad, coherencia y honestidad. Voy a intentar partir de ello.

La cercanía

Lo contrario de la cercanía es la distancia. Hay varias distancias que tenemos que salvar. Y salvar, de entrada, pasa por acercarnos nosotros (los que podamos)

- La distancia de edad (sobre esto no podemos hacer mucho, aunque al menos sí podemos reconocerlo). Con todo, tenemos que ser absolutamente lúcidos y honestos sobre nuestra situación. No somos jóvenes a partir de cierta edad. No. De ninguna manera. Y no podemos pretender hacer pastoral como si lo fuéramos (en todo caso, de otra manera). Aunque, si es posible, también es verdad que se debería destinar a la gente joven al menos un tiempo a ayudar a otros jóvenes a encontrar su camino.
- La distancia opcional. Hay gente que, por ganas, por rutinas, por desinterés o por carácter, no tiene ningún interés en acercarse a los jóvenes (y podemos respetar esa opción, pero hay que intentar que no condicionen nuestras dinámicas).
- La distancia de los lenguajes. Conviene aprender idiomas, que no quiere decir un idioma concreto, o una jerga juvenil, pero sí quiere decir, hoy en día, aprender a utilizar lo que a ellos les funciona (el ejemplo con la música de Coldplay y la música en la lbero, y la gente que se escandalizó). Hay que aprender no solo el idioma, sino la «gramática». En concreto, las redes sociales hoy en día no pueden ser ya una opción.

- La distancia de la inaccesibilidad. Si siempre estamos lejos, si nuestras casas están cerradas, si nuestra misión es solo un trabajo, si...
- La visibilidad. Algo de lo que hacemos tiene que ser visible. No sé si son los signos, los símbolos, o la explicitación de quién somos. Pero es importante encontrar el camino para mostrar lo que somos...

La credibilidad

Tenemos que contar una buena noticia que sea creíble.

Para mucha gente lo que hacemos es ciencia-ficción o fantasía.

¿Qué es creíble? Es repensar la fe y dialogar con el mundo. Es vincularla con la sociedad actual. Es atrevernos a contar por qué Dios importa. Es preguntarnos por la duda.

La credibilidad es mostrar de verdad que nos importan sus vidas. Si lo único que nos preocupa es que tengan o no vocación es tener un relevo, entonces estamos manipulándoles. Y es que no estamos ahí para que descubran nuestra vida, sino para que descubran lo mejor para las suyas.

Antes hablaba de visibilidad. Lo que da entidad a esa visibilidad es la identidad. Es creíble nuestra identidad si la tenemos. Pero, ¿en qué está basada?

Tenemos que hacer creíble una manera de estar en esta iglesia, que no esté basada en el silencio ante todo lo que nos genera incomodidad, contradicción o incertidumbre.

La coherencia

La coherencia no puede ser una forma de virtud o de cumplimiento. No es la adecuación con una norma. Es la capacidad para transparentar el evangelio, la lógica, la presencia de Dios...



Está en una forma de vivir evangélica. A menudo nos preguntamos si en nuestra vida hay horarios, si hay estructura, cuánto tiempo rezamos, si hacemos ocho días de ejercicios, etc., pero las preguntas por el evangelio son otras: ¿hay misericordia en nuestra vida? ¿hay cruz? ¿hay encarnación? ¿hay bienaventuranzas? ¿hay intemperie? ¿dónde están los pobres? ¿hay envío? ¿hay Betania? ¿hay comunidad? ¿hay perdón? ¿hay riesgo? ¿hay profecía? ¿hay alegría?

En una forma de relacionarnos. Y ahí la pregunta es: ¿hay amor?

En una forma de afrontar los problemas.

En una forma de poner por delante el prójimo a cualquier ideología.

En una consagración real ¿Qué pasa con nuestros votos hoy? Porque ser, son muy radicales, pero ¿damos prueba de lo que vivimos?

La honestidad

Voy a identificar honestidad con sinceridad. En concreto, diría que hay algunas preguntas que tenemos que respondernos con sinceridad para ser honestos.

La pastoral vocacional no es una cuestión de estrategias y cursos de marketing. No es una cuestión de aprender los pasos perfectos para despertar la pregunta.

Honestidad es atrevernos a responder (con todos los matices que necesitamos) a estas cuestiones u otras parecidas. Y que conste que no son preguntas o consideraciones retóricas, cuya respuesta ya esté predestinada y que, al hacerlas, implican un juicio de valor. Honestidad es atrevernos a pensar y formular:

- a) Que vivir la vocación no es un incordio, sino una forma de plenitud. Y ahí necesitamos respondernos a una cuestión con absoluta sinceridad. ¿Yo le desearía esto hoy a un joven? ¿Se lo desearía a mis sobrinos? ¿Sí? ¿No? ¿Por qué? ¿Con qué matices?

- b) Que hay cosas de nuestra vocación que ya no funcionan en este mundo, y que hay que repensarlas.
- c) Que nuestra felicidad es compleja, paradójica y a veces contracultural. Pero también tenemos que hacernos esta pregunta: ¿Soy feliz?
- d) Que la fe es una batalla, una pelea, una historia de enamoramiento y de rutina, de aprendizajes y olvidos, de creer y crecer. ¿En qué creo?
- e) Que la comunidad puede ser de verdad comunidad o puede ser tan solo gente con la que la vida nos hace coincidir. ¿Qué marca la diferencia?
- f) ¿Es nuestra misión necesaria hoy? ¿Sí? ¿No? ¿En qué?
- g) Honestidad es reconocer que no sabemos si nuestra vida religiosa tiene futuro, pero mostrar también que creemos que merece la pena, y al mismo tiempo sentirnos profundamente libres para afrontar lo que venga. ¿Tenemos que mirar hacia atrás con nostalgia? ¿O hacia delante con incertidumbre? En realidad tenemos que mirar hacia atrás con libertad, y hacia delante con libertad y esperanza.
- h) Hay que dedicar tiempo (que a veces no tenemos) a los jóvenes. Pero no basta el tiempo. Hace falta que ese tiempo sea de verdad el de apóstoles libres, no el de célibes que vuelcan afectividades mal gestionadas en una pastoral tremendamente ineficaz por narcisista y dependiente.
- i) Tenemos que ser honestos (que también es ser auto-críticos), y aquí querría plantear una cuestión muy de fondo, que es la de la situación de los jóvenes en la vida religiosa actual, que están a menudo en situaciones muy difíciles, en primer lugar, porque la mayoría tampoco son jóvenes, pero en las congregaciones sí son tratados como jóvenes. Porque se carga sobre ellos una mezcla de exigencia pastoral, y expectativa de cumplimiento comunitarios tremenda.



- j) La honestidad es también realismo. Se me preguntaba en algunas pautas que me habían dado para preparar esta ponencia: «¿Cómo delegar responsabilidades a los religiosos jóvenes sin menoscabar su presencia y pertenencia en la vida comunitaria, y su tiempo de encuentro con el Señor? Cuidar la espiritualidad, la fe vivida y compartida con la comunidad». Y a veces me dan ganas de decir: no se puede. Al menos, no se puede de una manera determinada. No se puede querer todo (que es justo lo que les reprochamos a los más jóvenes).

5. Entonces, y a modo de conclusión

¿Podemos seguir trabajando por las vocaciones? Sin duda. Siempre y cuando nos volvamos, con pasión y hondura, una vez más, al evangelio. Siempre y cuando nos atrevamos a confiar en que las vocaciones y el seguimiento de Jesús es mucho mayor que nosotros mismos. Y siempre y cuando sepamos desprendernos de lo que, en nuestra propia vida religiosa, es ahora lastre de otra época y otro momento. Y en todo caso, confiar, con libertad y fe viva, en que el buen Dios seguirá alentando en la Iglesia.